

Entra Paco en la casa sin esperar la vuelta de la moza. Hay un gran vestíbulo con puertas a los lados, y allá, en el fondo, una escalera; los escalones chillan ásperamente a medida que Paco va subiendo. Arriba hay una sala, casi alumbrada por una mariposa; no se sabe si es grande la sala o pequeña, porque la luz no alcanza a las paredes. Paco atraviesa la habitación.

—¿Eres tú?—interroga una voz más que bronca saliendo de las profundidades de un dormitorio.

— Yo soy, padre. Que usted descanse.

— Hasta mañana.

La alcoba acoge a Paco con su tibieza cariciosa. A poco, duerme.

II

La casa del señor Manuel Trelles tiene detrás un huerto, y en ese huerto, un cenador de parra; debajo de la parra, una mesa de piedra y tres sillas de hierro pintadas de verde.

El señor Manuel Trelles tiene aficiones bucólicas: por lo menos es grande amigo de la comodidad, y entre las comodidades parciales que forman el total de la buena vida, cuéntase para él la costumbre, en las mañanitas de verano y en las tibias de otoño y primavera, de salir al huerto, llegar al cenador de parra, acercarse a la mesa de piedra y, una vez instalado en la silla de hierro pintada de verde, disponerse a tomar el desayuno. El tal desayuno ya está servido; pero es doble, y falta un comensal. Todos los días sucede otro tanto. Señor Manuel Trelles se acerca a la casa, y llama a grandes voces: — ¡Paco! ¡Paco! —

En el corredor del piso alto, Paco aparece soñoliento.

—Vamos, hombre, que ya está el desayuno.

—Allá voy, padre.

Con pachorrudo andar vuelve el señor Manuel al emparrado; instálase de nuevo, y comienza la refacción. Paco llega cuando el desayuno paternal toca a su término; en cuatro sorbos engulle el tazón de café, suscitando a diario idéntica observación del padre:

—Come despacio si quieres criar buena sangre.

La buena sangre es preocupación perpetua del cacique, que es buen cacique hasta donde es posible serlo. Hoy, bebido el café, retirado el servicio por la mozona hombruna, que peina greñas, calza su propia piel y fuma como una chimenea, padre e hijo se miran; acomodándose plácidamente en las verdes sillas, cargan sendas pipas y comienzan una interminable conversación silenciosa, en que hacen de palabras las espirales de humo.

—No tiene duda, hijo — dice el humo de la pipa caciquil, que sube lento, desenvolviéndose en volutas macizas y regulares —: la vida es cosa buena si se sabe tomar como es debido. Comer despacio, beber a tiempo y no hacer mal al pró-

jimo, siempre que el prójimo se deje gobernar a gusto.

El humo de la pipa de Paco se acelera al subir, y van sus espirales tan de prisa, que a trechos se quiebran; y digo yo que dice:

—Padre: a mí esto del comer y del beber a tiempo y sabor, como usted dice, claro está que me gusta; pero, al cabo de cuentas, me da lo mismo; en lo del gobernar, ya es otra cosa.

El humo azul se estremece de gusto. Es, a saber, que el humo de la pipa del padre es blanco sucio, casi gris, y el humo de la pipa del hijo, es blanco plata, casi azul; cuestión de óptica; uno está cara al sol, y el otro tiene el sol de espaldas; pero así son todos los matices de esta pícara vida.

Ibamos en decir que el humo azul se estremece de gusto a la sola palabra *gobernar*; el humo gris no le va en zaga, y, por un instante, tanto simpatizan en movimiento, que parecen un humo mismo con distinto color.

—Me gusta gobernar, ya lo creo; pero ¿no le parece a usted que esto de mandar a paletos es como gobernar un rebaño? A gentes de más fuste y voluntad, quisiera yo tener sujeta.

El humo gris se tiende bonachonamente en línea horizontal.

— Me haces gracia, chicuelo; esto de ser amo de un pueblo, no es grano de anís; y tiene su intrínquilis, vaya si le tiene.

— Sí que le tiene — replica el humo azul, prendiéndose a una pámpana y desparramándose por debajo de ella —, sí que le tiene; pero sabe a poco.

— Puede que tengas razón, muchacho — el humo gris se para bruscamente; las volutas nacientes se desmelenan, lacias, en la ancha boca de la pipa —; las cosas viejas, para los viejos; con poder y dinero se va a todas partes; tú, joven eres, y de uno y otro, por vida mía que no te ha de faltar.

El humo azul se riza subiendo, subiendo; parece, dorado por un rayo de sol que encuentra en el camino un blondo rizo de mujer; llegado a lo alto del cenador, ondula entre hojas, pámpanos y racimos; unas partes de él quedan en luz y otras en sombra; y con luces y sombras escribe bajo el toldo de la parra, el grandísimo volandero, un nombre mágico que tiene seis letras y dos admiraciones: ¡Madrid! El humo gris manda una bocanada que borra el letrero; pero el azul, ayudado por el sol, su cómplice, vuélvele a cifrar; y, sin duda, allí se queda escrito, y los ojos del señor

Manuel Trelles, que por azar han mirado hacia arriba, sin duda también aciertan a leerlo, porque es el caso que, después de un momento de contemplación, bajando la mirada de la parra al hijo, dice como si interrumpida conversación renudase.

— De modo que sigues en tu idea de irte a la Corte...

Paco da un salto como si despertase. Mientras que allá arriba escribía el humo, y el padre miraba, andaba él peregrinando peregrinas peregrinaciones. Paréceme que al término de ellas estaba el discutido Madrid, y dentro de la ciudad-promesa, buen laberinto de triunfos y placeres. Cogido de improviso, responde, sin saber qué responder:

— Usted dirá.

— Tú eres el que has de decir.

— ¿Yo? Usted es quien tiene que soltar las pesetas.

— ¡Qué mil demonios tienen que ver aquí las pesetas! — arguye el cacique con sincera explosión de desprendimiento —. El caso es que tú tienes gana de irte a Madrid. — Paco asiente, inclinando la cabeza. — A hacerte un señorito. — Paco se ríe. — Un señorito — insiste el padre, pi-

cado por la risa aquella, que se le antoja inoportuna —, un señorito de carrera. Pues oye — y lanza una ojeada flameante, con solemne expresión de autoridad satisfecha —: no me parece mal.

El muchacho, que, sin duda, esperaba resistencia, hace un cómico gesto de gozoso asombro: va a responder.

— Buenos días, señores — grita desde la puerta del huerto una voz campanuda.

— Buenos días, don Lino.

— Adelante.

Y don Lino, precedido de un perro, seguido por dos perros, escopeta al hombro, cigarro en boca, se llega al cenador.

Es don Lino médico titular de este pueblo, al cual, por llamarle de algún modo, llamaremos Puente-la-Piedra.

Puente-la-Piedra es pueblo de tan sanos aires y saludables aguas, que apenas hay enfermos; puede decirse que las gentes se mueren sin mal, por el solo gusto de morir. Por cuya causa el buen don Lino tiene poco que hacer y no mucho que ganar. Un algo fatalistas, en fuerza de buenos cristianos, los vecinos de Puente-la-Piedra deciden, con sobrada frecuencia, puesto que han de morir, no pagar al médico.

Y, sin embargo, don Lino engorda que es una bendición. — A mí — suele decir con cierta vanidad de nueva especie — el agua que bebo se me convierte en sangre. — Justo es decir que don Lino bebe algo más que agua, siempre que para ello se ofrece razón o pretexto.

Lleva ya treinta años en el pueblo, y tiene entre cincuenta y sesenta de edad. Puente-la-Piedra ha sido su primer y único partido. Don Lino es soltero. Don Lino es alegre. Don Lino tiene la pasión de la caza, llevada al más extremoso de los extremos. Don Lino miente a todas horas, en todas las conversaciones, con la más admirable de las frescuras, sólo por el placer de mentir, y dice sus embustes con voz tonante y borboteante, sin pretender que nadie los crea. Don Lino es republicano furibundo, y furibundo anticlerical. Don Lino es en Puente-la-Piedra suscriptor único a *El Motín* y *El Cencerro*; llama genio a Lerroux, y abomina de Salmerón *por tibio*. Don Lino tiene un ama de gobierno pálida, gazmoña y beata, que frisa en los cuarenta y cinco, y que ha clavado en la alcoba del propio don Lino una placa del Sagrado Corazón.

— Se desayuna, ¿eh?

— Ya terminamos; si usted gusta...

— Que aproveche. Yo desayuno con el aire de la mañana; una bocanada de este vientecito, que huele a tomillo, alimenta más que una chuleta; ¿verdad, *Canelo*?

Don Lino tiene la costumbre laudable de apelar a su perro favorito, en testimonio de sus asertos más o menos arriesgados; sin duda equipara un buen callar al famoso mentir de las estrellas. *Canelo*, al escuchar su nombre, mueve el rabo.

— Siéntese usted.

Don Lino se sienta en la tercera silla pintada de verde; los hierros crujen al peso de su formidable humanidad. Paco ofrece un vasito de «cualquier cosa». Don Lino acepta para «matar el gusanillo». La «cualquier cosa» resulta ser aguardiente, y no de lo más suave; el médico, tras minucioso paladeo de dos vasitos, llena el tercero, bebe hasta la mitad y arroja al suelo el resto; y entonces acontece que *Canelo* y sus dos congéneres se precipitan sobre el aguardiente y lamen la tierra donde cayó con avidez digna de mejor tajada.

— ¡Compadre, y qué perros gasta usted, don Lino!

— Malas costumbres que se les pegan de doña Mónica.

Doña Mónica es el ama de llaves.

Hay una pausa. Paco y su padre están preocupados con el gran proyecto. Don Lino tiene ganas de hablar, pero no sabe de qué. Si padre o hijo le hubiesen recibido con la pregunta sacramental: «De caza, ¿eh?», habría él contestado: «A lo que caiga», y tras tan buen principio, no hubiesen faltado venatorias hazañas que narrar, con más sabor de fábula que de historia. ¿En qué estarán pensando, que no se lo preguntan? Les mira; señor Manuel Trelles está serio, y grave cosa debe ser la que consiga enseriar al cacique; Paco, no cabe duda, anda por los espacios imaginarios. ¿A qué viene, si no, la contemplación obstinada de los racimos a medio madurar?

— Pensativo estás, Paco; ya sé, ya sé que andas enamorado; y no tienes mal gusto, ¡canastos! Elenita es guapa mujer. — Paco se ríe. Don Lino se ríe también. — ¿Acerté?

— No, señor.

— ¡Cómo que no!

— Digo que estábamos hablando de otra cosa.

— Ha de saber usted que este mozo se nos quiere marchar.

— ¿Marchar?

— Y a Madrid nada menos.

— ¡Buena es esa! — Don Lino se ríe con todo todo el cuerpo, y, sobre todo, con el vientre, redondo y mantecoso. — ¿Y qué quieres tú hacer en Madrid, criatura?

— Lo que hacen otros, ¡díaño! — replica el cacique, herido en lo más vivo de su vanidad paterna —; lo que hacen otros que son menos que él: estudiar.

— ¿Y qué va a estudiar?

— ¡Tomal Una carrera.

— ¿Leyes, o cosa así?

— ¡Qué cosa así, ni qué calabazas!... Leyes, ni más ni menos. ¿Le parece a usted que no tiene pinta de abogado?

— No lo digo por tanto — replica don Lino —; como pinta, sí que la tiene; de abogado todos tenemos pinta. Aquí estoy yo, sin ir más lejos, que, si me pongo a hablar, dejo en mantillas al propio Melquiades Alvarez.

— ¿Entonces?

— No digo yo que el chico no sirva para estudios; lo que hago es preguntar: ¿Para qué mil demonios quieres tú la carrera?

— ¿Para qué...?

— ¿Para qué? Tienes el padre alcalde y más que alcalde: tienes buena bolsa.

— Y ¿quién le dice a usted que el día de mañana no se le muere el padre?

— Las pesetas no se le han de morir.

— Además, figúrese usted que allá en Madrid, después de saber, que nunca está de más, le da por la política.

— ¿Y sale diputado?

— Eso.

— Pues mire usted, señor alcalde, yo creo, y créame usted a mí, que en estos tiempos, y en todos los tiempos, más que ser diputado, vale hacer diputados. Vamos, que a usted no le va tan mal con el oficio...

Señor Manuel Trelles suspira, halagado por el piropo.

— No va mal, no.

El cacique es un tanto sentimental; atúsase la barba y, como siempre en semejantes ocasiones, dice melancólicamente:

— ¡Pobre Lorenza!

Lorenza es «la difunta», la madre que fué de Paco Trelles. No fué el señor Manuel, en vida de la esposa, modelo de amabilidad conyugal; pero el caso es que la buena mujer no pasó mala vida. Conocióla en un viaje que en sus mocedades hizo a Gijón, donde ella, con sus padres, tenía una ta-

berna en el muelle. Era carirredonda y pizpireta, amén de ambiciosa y malavenida con la estrechez del *chigre* paternal. En su matrimonio con Trelles, ella representó siempre la parte aristocrática, y empleó los dineros del marido como emplean los suyos los *indianos* de la tierra donde nació: en hacer casa a estilo de ciudad, y en educar al hijo a manera de señorito; de aquí el mirador y los llamadores de bronce, y el hallarse Paco a los diez y siete años, cuando murió la madre, bachiller en letras por obra y gracia del Colegio de RR. PP. Escolapios, que entonces en León había, y aun hoy creo que existe.

— ¡Pobre Lorenza! — repite don Lino, como si dijera: «Buen día hace» —. La verdad es que era una mujer como hay pocas.

— Dígamelo usted a mí. Tres años hace que murió la pobre, y la siento como el primer día. — Tal vez señor Manuel dice más verdad de la que cree decir.

— Mi madre — insinúa Paco — siempre quiso que yo estudiara.

— Sí que lo quiso. Si ella hubiese vivido, ya tendríamos la carrera a medio hacer; pero, ya se ve, los muchachos tienen poca afición a los libros, y yo, por no quedarme solo... ¡Si ella levantara la cabeza!

A don Lino le hace poca gracia el corte sentimental del diálogo; a él, la memoria de los muertos que a sus manos murieron, le causa siempre cierto resquemor desagradable; sobre todo cuando el enfermo fué en vida de los pocos dados a pagar sus visitas. A la difunta de Trelles llevábala él en el corazón, porque la buena señora era mujer de rumbo y aficionada a regalar. En su tiempo, don Lino era harto menos vegetariano que a la sazón. Y no es que el señor Manuel Trelles carezca de buena voluntad: es que los hombres — palabras textuales de doña Mónica — no caen en ciertos detalles.

— Ea, no hay que pensar en cosas tristes. — Pónese en pie y se limpia el sudor. Don Lino suda hasta en invierno y hasta sentado. — En marcha, *Canelo*. Hasta la vista.

A Paco se le escapa la anhelada pregunta:

— ¿Va usted de caza?

Y la respuesta clásica no se hace esperar:

— A lo que caiga; no será mucho, ¿sabe usted?, porque ahora los conejos andan muy escamados y huelen la pólvora a diez leguas. Si yo les contara a ustedes lo que me ocurrió el domingo con uno, allá en el cerro de los Molinos...

Y don Lino vuelve a sentarse para narrar la

historia; y tan prolija y portentosa es, que llega el mediodía refiriéndola; y oyendo el campaneó de la torre, dice:

— ¡Carambal, las doce ya..., vamos a ver a doña Mónica.

Y se marcha a casita; y así sucede un día y otro, y el siguiente; porque las excursiones venatorias del médico y *Canelo*, y el *Morito* y el *Lobo*, que así se llaman los otros dos perros, y las faañas de la terrible escopeta, tienen término cotidiano en el vasito de «cualquier cosa» tomado a la sombra del cenador de parra. Y este es el misterio, y esta la significación de la tercera silla verde. Y, por causa tal, don Lino, aunque cazador consumado, hállase reducido a la casi exclusiva alimentación vegetal desde que la difunta es la difunta.

III

Hay pueblos que están en el mapa y que no existen en la realidad: fueron y ya no son. Tal vez su nombre suena a grandeza en viejos cronicones, y ahora quedan de ella cuatro casas y el alma, alma que suele ser una ruina.

El alma de Campeces es el convento de la Asunción, y las sus cuatro casas son tres casonas viejas de labradores venidos a menos y una medio taberna, medio venta, cuya muestra reza de este modo: *Posada de Zanardi, italiano. Se habla francés.* Harto dice este rótulo, puesto que dice visita de extranjeros, que el tal convento es cosa de arte y gusto, y sobradamente pregoná su abandono que está declarado monumento nacional. Recuerdo que lo vi en un día lluvioso, y parecióme como si la indiferencia de tres generaciones estuviese arrojando lluvia de ultrajes contra su fina fachada plateresca: lagrimeaban las cornisas sobre las con-